

La vida secreta de las palabras, según **Angélica Tanarro**

Carlos Aganzo
Fotografía de Antonio Tanarro

SIN PRISA, PERO SIN PAUSA. A fuego lento, o muy lento, hasta llegar a la implosión. La implosión poética. Y entonces, cada libro como una aventura literaria, ética, estética, casi ontológica. En cualquier caso, personal. La voz de una poeta que se abre camino desde el poder nuclear de la palabra, en los límites de la propia expresión.

La poeta se llama Angélica Tanarro, y publicó su primer poemario, *Serán distancia*, en 1994, al que seguiría, casi treinta años después, *Memoria del límite*, un libro de artista con fotografías de Rafael Doctor. Nada de extrañar porque entre medias, desde que empezó su carrera en los años ochenta, en *El Adelantado* de Segovia, su actividad como periodista ha sido (y es) incansable. Una referencia incontestable en el periodismo cultural español como reportera, articulista, y crítica literaria, cinematográfica y de arte, fundamentalmente desde las páginas de *El Norte de Castilla*, donde ha sido directora del suplemento literario *La Sombra del Ciprés*, galardonado con el Premio Liber de los editores al Fomento de la Lectura en 2013 y en la actualidad como colaboradora en esta revista.

Un trabajo, sin embargo, que no le ha impedido ir construyendo con cierta usura, pero con fidelidad absoluta a su verdad poética, una obra literaria que ahora alcanza su tercera entrega con *Lo que (no) sé de las palabras*, publicado primorosamente por Menoscuarto, en su colección Cálamo

de poesía. Versos que, ya desde el título, anuncian, con cierto «no saber sabiendo» sanjuanista, que lo que vamos a encontrar en el medio centenar de poemas que se reúnen en el volumen es ni más ni menos que una exhibición del poder de la palabra para decir lo que dice, para seguir el hilo de lo que dice entre líneas y sugiere, y sobre todo para descubrir lo que no dice, si bien lo dice callando, robándole al silencio únicamente el espacio imprescindible. ¿La vida secreta de las palabras? Quizás. Pero sobre todo su ascética y su mística. Su camino de perfección. Su «no sé qué que quedan balbuciendo».

«¿Está todo dicho?», se pregunta la poeta en el arranque de *Lo que no sé de las palabras*. Y deja que el lector responda. Todo está dicho, sí, en prosa o en verso. Pero nunca dicho de esta manera. Y la manera de decir de Angélica Tanarro, seguramente desde la duda profunda, pero también desde la profunda fe en el poder del verbo, se concentra en la espera del fulgor, de la luz, de la música, de la iluminación que abre un camino inexplorado. Que permite, desde la contención absoluta, que el poema acontezca, que aflore, que se desvele, que ilumine su espacio maravillosamente mínimo de verdad por un instante. Que surja de entre las sombras: las sombras de las horas muertas, pero también de la incertidumbre, de ese estar tantas veces «entre dos nadas», buscando un anclaje en el suelo, en el mundo, en el interior del propio ser. La sombra, también,



del dolor y de las pérdidas. Quizás el castigo, como la mujer de Lot, no por mirar atrás después de abandonar Sodoma, sino por mirar al fuego con demasiada insistencia, con inconsciencia poética.

Huellas incandescentes

Fulgores que, al convertirse en poemas, denuncian todas esas sombras, sí, pero inmediatamente las superan. Las convierten, al paso de las «huellas incandescentes» de la poeta, en alegría y hasta en blandura. En un espacio nuevo donde, sin salir del poema, el tiempo se detiene, la soledad y la muerte se convierten en meras referencias, la incertidumbre se disipa como un mal sueño, y hasta la conciencia del mundo, de su teatro, se vive con contestación, pero sin herida. Ése es el milagro de la palabra encendida, que a su conjura acuden el mar y las copas de los árboles, los rescoldos del amor en la memoria, el calor que vence todos los fríos, los goces que nos proporciona esa «naturaleza que imita al arte». Arte, naturaleza, vida y memoria, como un pequeño gran grito contenido frente al silencio. Ese silencio que es siempre la poesía verdadera. «Un leve crujido... / ¿De madera, sus huesos? / Respirar sin romper el silencio», dice Angélica Tanarro. Tal vez romper solo el silencio para provocarlo, para que se manifieste en su magnificencia.



Lo que (no) sé de las palabras

Menoscuarto ediciones
Colección Cálamo de poesía
13,50 € (72 p)
ISBN 9788419964175

Sin dejar de ser urbana, la poesía que mana y corre a lo largo de *Lo que (no) sé de las palabras*, mantiene una raíz secreta, pero claramente perceptible, con la poesía de la tierra que habita Angélica Tanarro, al norte de la sierra de Guadarrama. Una poesía de pequeñas pisadas en los jardines, de prodigios minúsculos y de luces de interior. Una letra menuda pero intensa, poderosa. Esa letra pequeña de nuestro contrato con la vida que tantas veces no miramos, y que puede contener grandes sorpresas. Las contiene, sin duda, en un libro como éste, que consolida la trayectoria poética de la escritora, y que parece anunciar (esperemos que no sea para dentro de diez o de veinte años) una nueva y fructífera etapa de creación. «...¡Miradme ahora! / extendiendo mis ramas / y a su sombra se cobijan / los sin rumbo... / ... Mientras vuelo». Quod erat demonstrandum ●